

EL SILENCIO EN LA *REGLA* DE SAN BENITO

Junto con la oración y la paz, el silencio es reconocido generalmente como uno de los elementos más importantes del clima creado en torno a los monasterios y de la irradiación que ejercen. La atmósfera de silencio no puede dejar de impactar al visitante que entra en una abadía, sobre todo si su plano y su arquitectura fueron concebidos para servir y favorecer el ideal monástico en el que tanta importancia tiene el silencio. En cuanto al candidato que franquea el umbral del monasterio para vivir allí de manera estable, ya ha oído el llamado del silencio, ha sentido su encanto y ha presentado los descubrimientos que le ayudará a hacer. En el monje maduro, fogueado poco a poco por la vida claustral y que ha llegado a ser hombre de silencio, esta característica ha entrado en él paulatinamente, tal vez casi sin que se dé cuenta. ¿Qué lugar ocupa pues en la Regla benedictina el silencio, elemento tan importante de la vida monástica?

Un conocimiento sumario de la Regla permite saber que el capítulo 6 trata del silencio con el título “de taciturnitate”; se recordará también que el capítulo 42 da directivas prácticas concernientes a las horas nocturnas: “que nadie hable después de completas”.

Sin embargo, hay por lo menos otros diez capítulos, desde el 4 hasta el 67, en los que se menciona el silencio o se hacen prescripciones a su respecto. Este tema se toca también en otros pasajes, de un modo más indirecto, por ejemplo cuando la Regla se pronuncia sobre la oportunidad de las conversaciones, cuando condena la murmuración, etc.

Si nos atenemos a estas menciones o alusiones, podemos ver qué idea tenía san Benito respecto del silencio y, aproximativamente, cómo lo reglamentaba. Sin embargo, nos parece que hay que dar un paso más haciendo notar que el silencio implícitamente está presente aun donde no está formalmente mencionado. En efecto, el pensamiento del autor de la Regla es homogéneo; todos sus elementos están armoniosamente conectados unos con otros. El silencio, estudiado así, se nos manifestará en sus relaciones con los otros rasgos de la espiritualidad monástica.

A. El capítulo 6, incluido, de manera sugestiva, entre los capítulos consagrados a la obediencia y a la humildad, tiene por título “de taciturnitate”, lo cual ya nos ofrece un dato. La “taciturnitas” no es simplemente el silencio. Este último es más bien de hecho un estado, una ausencia de palabras y de ruidos. La “taciturnitas”, sin revestir el aspecto ligeramente peyorativo que tiene en la lengua moderna, es más bien una disposición que, al unificar el espíritu y sus centros de interés, permite evitar palabras inútiles; es una actitud recogida y reservada, una preferencia por la recepción o la conversación interior con Dios, siempre que la palabra no sea necesaria. El capítulo da el motivo de esta actitud que san Benito quiere encontrar en el monje: guardarse del pecado que (como lo prueba la experiencia) difícilmente se evita donde hay abundancia de palabras. San Benito hace notar que las conversaciones buenas no han de ser excluidas totalmente, pero sugiere que el monje, escolar en la escuela del Señor, será sobre todo un alumno, un hombre que escucha al anciano y, naturalmente y ante todo, al maestro interior. Hablar, o al menos hablar sin freno, impediría escuchar el importante mensaje traído por esta voz. Luego, siempre en este capítulo 6, sigue una severa sentencia pronunciada en contra de una jovialidad descontrolada (lo cual no debería inclinarnos a creer que la sonrisa y la alegría están desterradas de nuestras comunidades, por el contrario, son una de las características habitualmente más notables y apreciadas).

El capítulo 6 habla pues del silencio en una perspectiva de prudencia y con miras a un objetivo por alcanzar: evitar el pecado que es el fruto casi obligado de la palabra abundante, ¡tan difícil es ejercer durante largo tiempo el dominio sobre el propio juicio y la lengua! La enseñanza de la

Carta de Santiago (cap. 3) evidentemente está presente en el pensamiento del autor de la Regla. Por lo tanto, ya ha aflorado otro punto de vista, como acabamos de indicarlo: es necesario callar para escuchar y aprender.

Pero continuemos leyendo la Regla.

B. El capítulo 4 contiene varios “instrumentos de las buenas obras” que interesan a nuestro tema:

- 52: Guardar su boca de palabras malas y perversas
- 53: No ser amigo de hablar mucho
- 54: No decir palabras vanas o que exciten la risa
- 55: No gustar de reír mucho o estrepitosamente.

Estas cuatro sentencias que invitan a la restricción, están en la misma línea del capítulo 6: Evitar, por la sobriedad del lenguaje, que sean heridas la verdad o la caridad, en una palabra, evitar el pecado. Sin embargo, se destaca un nuevo matiz: *no perder el tiempo* en palabras vanas. Estos cuatro instrumentos requieren la lectura de los siguientes, que a ellos se contraponen de manera instructiva:

- 56: Oír de buen grado las lecturas santas
- 57: Darse con frecuencia a la oración
- 58: Confesar a Dios todos los días en la oración con lágrimas y gemidos las culpas pasadas y corregirse de ellas en adelante.

Vemos cuáles son las actividades por las que san Benito quiere que el monje reemplace una verbosidad que es fácilmente nociva o, simplemente inútil: hay que agotar en el corazón y el espíritu la fuente de donde saldrán las palabras malas, y por el contrario llenarse de la verdad divina (cf. la “levadura de la divina justicia”) que ayudará a la edificación del hombre nuevo.

El capítulo 7, corazón de la Regla, varias veces aborda nuestro tema con perspectivas, por otra parte variadas.

En primer lugar, la admonición ya bien conocida: evitar el pecado, fruto que tan rápido asoma a nuestros labios, por temor a perder la amistad de Dios.

Luego, a propósito del difícil ejercicio del 4º grado de humildad (si el ejercicio de la obediencia está rodeado de circunstancias penosas y enojosas) el silencio aparece como un medio poderoso para conservar la paciencia, es decir, la paz, el desprendimiento y el amor: “el alma, calladamente se abraza con la paciencia”. Esto no se puede practicar si no es una disposición ya habitual. San Benito no ignora tampoco que el recogimiento de todas nuestras facultades es, de ordinario, aun en el plano natural, el medio más indicado para ver claro en un problema, para tomar una decisión apropiada y por fin ejecutarla.

El 7º grado de humildad alude a las declaraciones bien intencionadas (pero a veces vanas) por las que afirmamos ser “el último y más vil de todos”. Sabios y moralistas con frecuencia han dirigido su sátira contra este defecto más cómico que nocivo, que consiste en hablar mucho de sí, pero no siempre de un modo clarividente. Por otra parte, ¿es esto posible? ¿No vale más “huir la altivez” (aún declarándose el último de los hombres) y esperar a que los demás reconozcan nuestra santidad (cap. 4, 61)?

El 9º, 10º y 11º grado repiten las prescripciones hechas más arriba, repetición que, por sí misma, arroja luz sobre el pensamiento del legislador.

Las menciones que del silencio se hacen en otros capítulos tienen también como objeto impedir toda influencia del Maligno sobre las almas, aprovechando la murmuración (este vicio vil y corrosivo que san Benito persigue sin miramientos), la disipación, la ociosidad, la irreflexión en el hablar, las “contestaciones” o discusiones caseras, etc. También intervienen motivos de educación y de caridad, por ejemplo cuando se pide silencio para no perturbar la oración de otro.

Vemos por otra parte que si san Benito prevé (en verdad con reticencia) la posibilidad de conversaciones, siempre es con el objeto de una “edificación” y se las supone en un clima de humildad y bajo la gracia vivificante de la obediencia.

Esta rápida lectura de la Regla nos muestra en primer lugar que en ella se hace una mención frecuente del silencio, lo que indica la importancia que le atribuye el autor de acuerdo con toda la tradición monástica; y las expresiones empleadas a su respecto son apremiantes. ¿Cómo resumir (si fuera posible) el pensamiento de san Benito? El silencio para él aparece sobre todo como una disposición de “táctica”. El monje, en efecto, no debe correr el riesgo de dejarse dominar por las pasiones, las tentaciones o el descuido (siendo este último con frecuencia un enemigo tanto más temible cuanto que tiene una apariencia más inocente y perdonable).

C. Pero para comprender más plenamente el valor del silencio en el pensamiento de san Benito, es necesario que veamos cómo, aun sin ser nombrado, está presente en todas partes y sobreentendido en todo lo que la Regla exige del monje.

El monje es, en efecto y ante todo, según la Regla, un hombre ávido de “volver a Dios” y, convirtiéndose, de salvarse. Consciente de que, sin la ayuda de un maestro, no sabe ni puede nada, escucha y se hace discípulo.

A partir del momento en que es tocado por el llamado de Dios ve, en una viva luz, que debe llegar a ser soldado en un combate que, en adelante, no cesará: su alma debe permanecer, pues, siempre llena de dinamismo y de vigor; dispone de armas aptas pero es menester que las mantenga en buen uso o que las acondicione nuevamente una y otra vez; sobre todo, sabe que el tiempo le está medido, ya que la existencia (en el fondo tan breve) no es sino una tregua destinada a la “enmienda” (Prólogo). No es cuestión entonces de perder el tiempo ni en el mal ni en la futilidad: la ociosidad es enemiga del alma.

El monje es un pobre que no tiene nada, ni debe disponer de nada. En estas condiciones es claro que procurará evitar no solamente el mal, sino aun esas palabras que parecen indiferentes y que constituyen en tantas vidas un tremendo despilfarro.

La moderación, la “discreción” (ese arte de discernir con prudencia, arte en el que todo monje debería llegar a ser maestro) han de ser la luz que guía al monje. Adquirir este arte, devenir sensible a esta luz es un resultado que, tenemos que reconocerlo, no puede ser alcanzado sin una disciplina que supone el recogimiento, la reflexión, el silencio.

Otra consideración: sin el silencio, tanto del alma como de los labios ¿cómo llegar a ser humilde de manera que se pueda subir con agilidad, cada vez que se presenten, los grados de humildad? ¿Cómo llegar a ser el discípulo que se deja enseñar? Pues la palabra abundante, fácilmente se hace doctoral. El monje escucha no sólo al Señor y al abad que lo representa, sino también a todos los hermanos, a todos los hombres, comprendidos entre ellos los más humildes, por medio de los cuales con frecuencia habla el Señor (cf. cap. 3), y asimismo a cada circunstancia de la vida que trae una enseñanza de Dios. Estamos de acuerdo en que todo esto requiere silencio.

Por fin y sobre todo, el monje es aquél que verdaderamente busca a Dios; todas sus fuerzas están al servicio de este llamado. Su oración es la expresión de esta búsqueda que ya es encuentro y, con la ayuda de Dios, experiencia. Si debe ser pura, con lágrimas, impregnada del

respeto que invade a la creatura ante su Dios, se comprende que el silencio del amor, de la admiración, de la felicidad sea una exigencia continua (lo que no excluye que suba a los labios y brote del corazón la exultación de la alabanza, pero ésta no puede ser considerada como una infracción al silencio: pertenece a un orden superior).

Hay pues una lógica interna de la Regla que, completando sus menciones explícitas del silencio, muestra con más elocuencia aún hasta qué punto éste es constitutivo de la personalidad del monje. Silencio o, mejor, amor y disposición al silencio.

D. El siglo actual, como reacción contra un moralismo excesivo, no tan antiguo, atribuye fácilmente a la naturaleza humana buenos sentimientos y, con un optimismo que quisiéramos poder compartir, confía ampliamente en que ella es capaz de hacer el bien sin ayuda alguna. Estamos tan aterrados de ver multiplicarse los “complejos” bajo el efecto traumatizante de la educación, de los “tabús”, de las “prohibiciones” y sobre todo de las sanciones, que acabamos por dejar a cada uno librado a sus buenas disposiciones innatas.

De ahí proviene desde hace unos quince o veinte años, una menor estima (cuando no un decidido rechazo) por todo lo que aparece como una obligación, como un freno a la propia “realización”. La satisfacción de todos los deseos en nombre de la “sinceridad” (este elemento subjetivo, pasible de error, generalmente confundido hoy con la verdad objetiva que debería ser la única admitida como norma de conducta) pudo parecer a algunos la condición de esta realización, y por eso en algunos ambientes ha ido decreciendo, a veces hasta desaparecer, el lugar acordado al silencio. Es bastante curioso que por la misma época, el silencio era redescubierto por otros, así como la oración y la contemplación, y vemos que en nuestro mundo ruidoso, escéptico, contaminado, se multiplican cada vez más los oasis de oración y silencio. Tanto en un caso como en el otro es la realización lo que se busca... por medios contradictorios. Es esto lo que también san Benito desea proporcionar: el alma, dilatada por la inefable dulzura de la caridad, correrá por el camino de los mandamientos de Dios (Prólogo). La concepción benedictina es la misma que la sostenida tradicionalmente por la Iglesia, pero tal vez con cierta circunspección debida a la experiencia que tuvo san Benito de comunidades “turbulentas e indóciles”. Sanamente realista, cree al hombre capaz de grandes cosas, en particular de alcanzar las cimas del conocimiento y del amor (cap. 73), pero lo sabe frágil y siempre en medio de una lucha sin cuartel donde puede ser herido o perder su libertad. De ahí su preocupación por armarlo sólidamente y por crear en él un estado de espíritu siempre vigilante. El silencio entra en esta estrategia y ocupa en ella un lugar importante. Resulta difícil pensar en una vida benedictina donde el silencio estuviera ausente o muy disminuido.

¿Quiere decir entonces que las aplicaciones prácticas serán las mismas según las edades de la vida, los temperamentos, las culturas, las épocas? Sin caer en un pluralismo atomizante, será bueno estar más atento (como lo está la Iglesia) a las necesidades justificadas, y comprender, por ejemplo, que ciertas culturas están basadas más que otras en la relación creada por la palabra. En tales medios, la observancia material del silencio en algunas circunstancias no serviría para el fin buscado: no “edificaría” (san Benito siempre busca edificar), más bien entorpecería o aun destruiría⁸⁶.

Parece que nuestra época siente una sed particular por las relaciones personales y verdaderas, rechazando por el mismo hecho, todo lo que es únicamente verbal y convencional. Esta mayor sensibilidad hacia el valor único de cada persona nos parece muy positiva. Sin duda, algunas veces se expresa con una benevolencia un poco ingenua, no exenta de sentimentalismo, y olvidando otros valores; ¿será tal vez el deseo de comunicación personal una reacción contra la inhumana civilización de masas que ahoga y tritura las individualidades? Sin embargo, desear

⁸⁶ Se cita el caso de un monasterio fundado por europeos en un medio diferente del suyo y al que llevaron, de buena fe, sus costumbres monásticas: resulta que en este monasterio, casi todos los monjes autóctonos hablan solos... signo de que los “recreos” a lo occidental no responden a la necesidad de esta cultura y que el silencio y los contactos mutuos deberían ser allí “repensados”. Se podría decir lo mismo de muchos otros aspectos.

abordar al prójimo en una relación verdadera que “comprometa”; concebir la comunión real (a base de un conocimiento mutuo) como una exigencia de la vida común; negarse al anonimato: todo esto parece provenir de una concepción justa del hombre, creatura esencialmente social. ¿No encontramos acaso este ideal desde los orígenes de la Iglesia? (cf. *Hch* 2,46). El moralismo y el juridicismo nos han inclinado en otros tiempos a leer la Regla y hasta el Evangelio con recelo, viendo por todas partes el mal que hay que exterminar, antes que el Espíritu del Señor, fuente omnipotente en nosotros de acción, optimismo y confianza. Ciertamente es necesario que permanezcamos atentos a nuestra fragilidad personal y a todas las desviaciones posibles: sólo por este Espíritu de confianza y de prudencia se participará en una justa medida en esta necesidad contemporánea de comunicación, y creemos que, bien concebido, favorecerá el silencio y hará que se lo desee, teniendo al mismo tiempo una influencia benéfica sobre el equilibrio afectivo, aspecto singularmente importante y, algunas veces, muy descuidado en el pasado.

Nos parece que estas consideraciones, si tienen algún valor, también deben encontrar su aplicación en sociedades (las del Tercer Mundo, por ejemplo), que despiertan a su identidad cultural y que buscan con una gran efervescencia primaveral liberar sus fuerzas nuevas y expresarlas de manera original. Sabemos qué papel han desempeñado los monasterios en el pasado a este respecto. Ojalá puedan los monasterios de hoy, por modestos que sean, ejercer también tan feliz influencia.

E. “Que ningún hermano se junte con otro a horas intempestivas” (cap. 48). La Regla, aun cuando manifiesta una parsimonia evidente en cuanto a las conversaciones, las prevé, sin embargo (algo así como hace con el uso del vino). San Benito con frecuencia procede de la siguiente manera: presenta un ideal exigente, que lo seduce y que según él debería ser recibido por todos como una norma. En un segundo momento, considerando la debilidad de los “monjes de nuestro tiempo” y sintiéndose obligado a ejercer también él la “discreción” de un padre, abre la puerta a las moderaciones y adaptaciones, recomendando, sin embargo, no ir demasiado lejos “hasta la saciedad”. En una materia como la del silencio, la sabiduría de este enfoque es evidente: las necesidades y las posibilidades variarán sin alterar por eso la autenticidad del ideal. Nuestra época, por ejemplo, ve en numerosos estratos de la sociedad occidental (y tal vez también en otras partes) la necesidad de una fraternidad que se manifieste. En el seno de la disciplina monástica es deseable y sin duda posible, con la gracia de Dios, responder a esta demanda sin suprimir por eso el silencio.

El espíritu de silencio, la disposición al silencio tienen y guardarán siempre, por las razones evocadas más arriba, un lugar fundamental en la vida benedictina, y se traducirán concretamente por un silencio efectivo, según modalidades conformes a las necesidades de cada monasterio, modalidades que, por otra parte, podrán variar hasta cierto punto no sólo en el espacio sino también en el tiempo: lo que en cierto momento fue reconocido como bueno puede exigir, en un contexto diferente, alguna modificación. La dificultad residirá evidentemente en la justa medida, pero esta dificultad no debe asustarnos ni hacernos sucumbir a la seducción de una falsa prudencia que confunde *tradición* y *statu quo*. ¡No faltará la asistencia del Espíritu Santo a quienes la pidan! La mejor manera de abordar estos delicados problemas de adaptación será, en la escuela de san Benito, mirar primero hacia el gran ideal de los iniciadores, de los “Padres”, pues siempre es provechoso volverse hacia las realizaciones del carisma de nuestra vocación más características y más cercanas a su origen, y nuestra intuición para vivir dicho carisma en nuestro tiempo recibirá de ellos luz muy segura.

Martinica